

A woman in a white Regency-style dress with puffed sleeves and a high collar stands in a lush garden. She holds a large, ornate parasol with a floral pattern. The background shows a large, multi-story stone building with many windows, suggesting a grand estate. The sky is blue with light clouds.

Interludio con el Sr. Darcy

Una Variación de
Orgullo y Prejuicio

ABIGAIL REYNOLDS

Interludio con el Sr. Darcy: Una Variación de Orgullo y Prejuicio

Abigail Reynolds

Published by Abigail Reynolds, 2020.

This is a work of fiction. Similarities to real people, places, or events are entirely coincidental.

INTERLUDIO CON EL SR. DARCY: UNA VARIACIÓN DE ORGULLO Y PREJUICIO

First edition. January 7, 2020.

Copyright © 2020 Abigail Reynolds.

Written by Abigail Reynolds.

Tabla de Contenido

[Title Page](#)

[Copyright Page](#)

[Interludio con el Sr. Darcy](#)

[Acerca de la Autora](#)

[También por Abigail Reynolds](#)



Interludio con el Sr. Darcy

ELIZABETH MIRÓ A SU reflejo en el espejo, preguntándose si los cambios del último año se mostraban en su rostro tanto como ella los sentía en su corazón. Hoy era un día lleno de recuerdos. La última vez que se había preparado para un baile en Netherfield, había tomado mayor cuidado con su apariencia con la esperanza de ganar el corazón de Wickham. Ahora agradecía que él nunca hubiera aparecido, evitando que ella se pusiera en un ridículo mayor que el que ya se las había arreglado para lograr sin su presencia.

Este baile sería muy diferente, y sus preparaciones no habían sido elaboradas. Todos los ojos estarían en Jane durante el baile, y Elizabeth no tenía nadie a quien impresionar con su belleza. No habría ni un Sr. Wickham ni un Sr. Darcy esta noche. ¡Qué ciega había sido, creyéndole a uno y despreciando al otro, y sin reconocer las atenciones que el Sr. Darcy había estado teniendo para con ella por lo que realmente eran!

Un familiar sentimiento de culpa se asentó sobre ella al pensar en Darcy. Su vergüenza sobre la infame manera en que lo había tratado en Hunsford solo había aumentado durante los meses transcurridos. Empezó después de que el Sr. Bingley reapareciera súbitamente en Netherfield en mayo. Ansiosa por el prospecto de encontrar de nuevo al Sr. Darcy después de su embarazosa separación en Kent, Elizabeth le había preguntado a Bingley en su primera visita a Longbourn si su amigo tenía intenciones de unírseles.

La mirada de preocupación que había cruzado el rostro de ese caballero había sido inconfundible. *No, desafortunadamente, no lo hará, aunque lo invité; no ha estado muy sociable estos días*, dijo él. *Está de un humor muy negro; nadie sabe por qué, pero se ha encerrado en sí mismo y ni siquiera recibe visitas. Yo solamente lo vi una vez, cuando me visitó para decirme... para informarme sobre algo que creyó que yo encontraría útil.* Bingley había mirado entonces a Elizabeth con una sonrisa avergonzada, dándole una clave sobre qué información podía haber sido, y cómo se podía haber relacionado con su súbito regreso a Hertfordshire. *Nunca lo había visto verse tan mal... Espero que su ánimo se recupere pronto; es el mejor de los hombres, y odio verlo tan angustiado.*

Ella había sabido que él se había sentido decepcionado por su rechazo, pero no había creído que, dado el nivel de reservaciones que había expresado en su propuesta, encontraría mucha dificultad para sobreponerse a sus afectos. El descubrimiento de que ella tenía el poder de causarle tal sufrimiento era aleccionador, y más entre más tiempo pasaba en compañía de Bingley, como chaperona de Jane, y escuchaba sus historias que con frecuencia incluían a Darcy, siempre bajo una perspectiva muy favorable. Estaba claro que él creía que Darcy era el alma de la generosidad, consideración e inteligencia, una opinión que contradecía absolutamente la que tenía Elizabeth.

Cuando, a su debido tiempo, Bingley y Jane se comprometieron, Bingley hizo un viaje a Londres para arreglar asuntos con su abogado y resolver algunos negocios. A su regreso, estaba tan enojado como Elizabeth lo había visto jamás. Como siempre, ella había estado en segundo plano cuando él habló con Jane, su voz elevada por la ira quizá más alta de lo que él se daba cuenta. *Le dije de nuestro compromiso, y él me felicitó y pareció hablar con sincero placer por*

las noticias; pero cuando le pedí que estuviera conmigo en nuestra boda, ¡se rehusó! Dijo que los negocios no le permitían salir de Londres, como si yo fuera a creer tal excusa. Es solo media mañana de viaje, dentro de dos meses... ¿cómo podría estar demasiado ocupado? Me sentí herido, pero seguí siendo civilizado, y expresé que esperaba que al menos pudiera asistir a nuestra boda, y dijo que no creía que ni eso fuera posible. Entonces me enojé, y lo acusé de desaprobar mi elección, lo que negé categóricamente, diciendo que una vez podía haber considerado... otras cosas, pero que ahora pensaba diferente y que estaba encantado de que yo estuviera tomando este paso. Y luego, cuando lo presioné de nuevo para que viniera, se dio la vuelta y dijo, 'Bingley, no tienes idea de lo que me estás pidiendo,' ¡y luego se atrevió a pedirme que me fuera! Nunca lo hubiera creído de él; lo he juzgado mal creyéndolo un buen amigo. Jane, con una mirada a Elizabeth, había colocado su mano sobre el brazo de él para detenerlo en ese punto, pero el daño estaba hecho.

Había sido difícil para ella perdonarse después de eso, saber que su crueldad hacia él había sido tal que él arriesgaría finalizar una larga y preciada amistad solamente para evitar tener que verla de nuevo. Ella se había prometido a sí misma que nunca volvería a permitirse dar rienda suelta a su ira y tratar a nadie tan duramente.

Como no había nada que ella pudiera hacer para enmendar las cosas, resolvió sacarlo de su mente. Su viaje al norte con su tía y tío había proporcionado una distracción, al menos hasta a que la Sra. Gardiner se le había metido en la cabeza visitar Pemberley. Oír una opinión tan diferente y halagadora del Sr. Darcy de su ama de llaves y ver el cuidado con que la hacienda era administrada, no podía más que dejarle un sentimiento cálido sobre el hombre en sí, y un raro sentimiento de pérdida por no haber tenido nunca la oportunidad de conocer esa parte de él.

Ella suspiró mientras su mente volvía al presente. No había nada que hacer por ahora. La oportunidad no volvería, y ella no podía deshacer el pasado. Resolviendo, como lo había hecho ya tantas veces, no pensar más en ello, fue a la habitación de Jane a ver si necesitaba cualquier asistencia con sus preparaciones.



LA SALA DE ESTAR EN Netherfield estaba abarrotada de gente, todos mayores y con más seguridad que ella, parecía; ordinariamente era una escena que hubiera causado gran ansiedad en Georgiana, pero había venido a Hertfordshire con una meta en mente, y este baile le ofrecía la mejor oportunidad de lograrla. Había necesitado rogar por permiso para asistir, el que le fue concedido solo con la condición de que no bailarían con nadie excepto con el Sr. Bingley y con cualesquier hombres que él le presentara específicamente con esa intención, un compromiso que Bingley esperaba fuera satisfactorio para Darcy. Pero no era bailar lo que tenía en mente, sin embargo. Estaba comprometida en una tarea doblemente desagradable: conocer a tanta gente como fuera posible en tan poco tiempo como fuera posible, un trabajo muy inadecuado para alguien tan tímida como ella, y emplear a la persona más capaz de ayudarla en ese esfuerzo, sin importar qué tan repugnante pudiera ser su compañía. La Señorita Bingley sabía más de los asistentes que ninguna otra persona presente, y estaba dispuesta a dedicar su tiempo a complacer a la Señorita Darcy.

La única persona a la que Georgiana había estado feliz de conocer hasta ahora, era a la prometida del Sr. Bingley. La Señorita Bennet era toda encantadora y gentil, y no podía haberse visto más feliz. Desafortunadamente, Georgiana había tenido hasta ahora una notable falta de éxito en lograr su verdadera meta. Estaba determinada a descubrir a la mujer por la que el corazón de su hermano se estaba rompiendo, encontrarla y familiarizarse con ella, y luego usar su conocimiento para ayudar a su hermano a sobreponerse a este enamoramiento. Ella tenía muy poca

información para ayudarla a identificar a la misteriosa mujer... por la reacción de su hermano a la idea de asistir a esta boda, Georgiana estaba segura de que era alguien que asistiría a la ceremonia, y probablemente también al baile. Ella tendría que ser naturalmente joven y atractiva, y presumiblemente casada, porque ¿por qué otra razón no le pediría Fitzwilliam simplemente que se casara con él? Ninguna mujer en su sano juicio lo rechazaría. Ella tenía una sospecha sobre su nombre de pila, por haber escuchado a su hermano decir desesperadamente: —Elizabeth” cuando creyó que estaba solo y había tomado un poco más de brandy de lo debido.

Ella empezaba a sentir que había demasiada gente que vivía en Hertfordshire, pero con determinación continuó pidiendo a la Señorita Bingley que le presentara a tanta como fuera posible.



ELIZABETH NO ESTABA formada para el mal humor, y no le llevó mucho recuperar su ánimo una vez que llegó al baile y ya no estuvo sujeta a las quejas de Lydia sobre a cuantos más bailes hubiera podido asistir si solo le hubieran permitido ir a Brighton. Había un número de personas presentes que eran extraños para ella, amigos y familiares del Sr. Bingley que habían venido para asistir a la boda. Bingley le presentó al Sr. Ansfield, que sería el padrino en la boda, y el caballero le pidió el honor de su mano para los próximos dos bailes. Probó ser un compañero muy entretenido que la entretuvo con sus escandalosas y divertidas ideas de cómo podía avergonzarse a sí mismo durante la ceremonia de la boda, a qué problemas les había dedicado seria consideración ya que él iba a casarse en unos meses. Ella lamentó ceder su compañía, pero también le habían solicitado bailes varios caballeros conocidos. Aunque encontró este un pasatiempo agradable, para el final de la tercera tanda ya estaba lista para buscar algún refrigerio. Se estaba sintiendo más que un poco sola; estaba acostumbrada a pasar tiempo en dichas ocasiones hablando con Jane, o antes con Charlotte, pero esta noche su hermana era el centro de atención y Charlotte hacía mucho que se había ido.

Decidiendo que bien podía saludar a la anfitriona oficial de la ocasión, se aproximó a la Señorita Bingley con un cumplido sobre el entretenimiento. —Señorita Bingley, es un placer verla de nuevo —dijo amablemente.

—Es una ocasión muy feliz —dijo la Señorita Bingley suavemente—. Señorita Bennet, ¿puedo presentarle a la Señorita Darcy? Señorita Darcy, esta es la Señorita Elizabeth Bennet; es su hermana la que se va a casar con mi hermano.

A Elizabeth la tomó por sorpresa descubrir la presencia de la Señorita Darcy; y con un momento de pánico, pensando que era poco probable que la hermana viajara sin el hermano, pasó la mirada por el salón, buscando una figura alta, oscura. Al darse cuenta de que la Señorita Darcy la veía con una mirada penetrante, llevó su atención de regreso a ella y expresó su placer en conocerla. No pudo evitar sentirse nerviosa, y estaba segura de que sus mejillas traicionaban su desconcierto ante la situación, aunque sabía que era probable que ninguna de las otras estuviera enterada de los detalles de su historia con el Sr. Darcy. —He oído mucho sobre usted de la Señorita Bingley, así como de su hermano, Señorita Darcy —dijo ella—. Entiendo que es muy buena para la música.

—Sin duda han sido demasiado amables conmigo —dijo Georgiana con gravedad, preguntándose si esta joven podía ser la que estaba buscando. El nombre era el correcto, y ella aparentemente lo conocía, pero no estaba casada, lo que lo hacía poco probable. Aun así, valía la pena proseguir; si estaba equivocada, la Señorita Bennet podría proporcionarle pistas sobre a quién más conocía su hermano en Hertfordshire—. ¿Conoce a mi hermano, entonces?

—Sí, lo conocí cuando visitó Netherfield el otoño pasado —dijo Elizabeth—. ¿Está aquí esta noche? —No pudo evitar hacer la pregunta directamente.

—No, desafortunadamente, los negocios requirieron que permaneciera en Londres —dijo Georgiana.

La Señorita Bingley, sintiendo que la Señorita Darcy y Eliza Bennet de los ojos bellos ya se habían conocido suficiente para su gusto, dijo: —Hubo un leve conocimiento, es verdad, de cuando usted visitó aquí a su hermana cuando estuvo enferma.

Elizabeth, sintiendo la implicación, no pudo resistir dar una respuesta. —Sí, fue solamente ligera, aunque tuve el placer de encontrarlo de nuevo unos meses después cuando visité Kent. Estuvimos frecuentemente en compañía ahí con su primo, el Coronel Fitzwilliam, mientras ellos visitaban a Lady Catherine de Bourgh. Así que, como ve, tengo una lista bastante larga de personas que me han contado de su habilidad en el pianoforte, Señorita Darcy; era un tema de conversación común en Rosings.

Este conocimiento de la aparente intimidad de la Señorita Bennet con la familia del Sr. Darcy claramente fue una sorpresa desagradable para la Señorita Bingley, que eligió entrometerse en ese momento con una oda de elogios a las habilidades de la Señorita Darcy. Georgiana, a quien como regla le desagradaba la atención que atraía dichos cumplidos, por una vez estuvo agradecida, ya que le dio la oportunidad de organizar sus pensamientos. Se dio cuenta con emoción que de hecho había encontrado a su presa... fue directamente después de su visita a Rosings que su hermano se había sumido en esa depresión, sin mencionar que, como hermana de la novia, ella sería realmente inevitable en la boda del Sr. Bingley. Esta *debía* ser ella; ¿por qué, entonces, había una dificultad? ¿Quizá estaba comprometida con alguien más?

La Señorita Darcy de alguna manera se forzó a continuar una conversación activa para mantener el interés de la Señorita Bennet. *¡Fitzwilliam estaría orgulloso de mí si viera que tan extrovertida estoy siendo!* pensó ella con un toque de ironía, ya que era solo por su causa que ella se estaba sobreponiendo a su nativa timidez. La suerte parecía favorecerla esta noche, y un caballero llegó a reclamar la mano de la Señorita Bingley para el siguiente baile, dejándola sola con Elizabeth.

—Es una pena que mi hermano no pudiera estar aquí esta noche; estoy segura de que disfrutaría renovando su relación con todos los que conoció aquí —ofreció Georgiana tentativamente, buscando la manera de hacer la pregunta.

Elizabeth estaba descubriendo que ella deseaba tanto preguntar acerca del Sr. Darcy como temía la respuesta que pudiera escuchar—. Sí, el Sr. Bingley estaba muy decepcionado de que él no pudiera asistir —dijo ella a modo de compromiso.

—El Sr. Bingley ha sido un amigo muy querido suyo por algunos años, y sé que mi hermano lamenta perderse su boda, pero la verdad es que ha socializado poco últimamente —dijo Georgiana, observando de cerca a Elizabeth.

Ella sintió una leve puñalada de dolor al escuchar sus palabras—. Debe estar muy ocupado entonces —intentó ella.

—No tan ocupado, no —dijo Georgiana lentamente—. Pero no ha sido él mismo por algunos meses.

Elizabeth encontró, de repente, difícil respirar. ¡Con seguridad no podía estar todavía tan dolido así! —No ha estado enfermo, ¿o sí?

—No, su salud ha sido excelente, como siempre... creo que es más una infelicidad lo que lo aflige, pero no es alguien que confíe en una hermana mucho más joven. —Georgiana difícilmente daba crédito a lo que estaba diciendo, hablando de cosas tan personales con una completa extraña,

sin embargo sabía, como por instinto, que Elizabeth estaba, de alguna manera, íntimamente involucrada en esto.

Por su parte, Elizabeth no estaba segura de poder soportar oír mucho más de esto. Ella no deseaba que él sufriera; sabía que él no merecía dicho sufrimiento; y, aunque ella era la causa, no tenía forma de ofrecerle alivio. —Lamento escuchar eso —dijo incómodamente—. Por favor dele mis saludos cuando lo vea la próxima vez.

—Estaré feliz de hacerlo —replicó Georgiana. *¡No tiene usted idea de qué tanto cuidado tendré de hacer exactamente eso!* pensó ella—. Su hermana es muy hermosa; yo siempre he querido tener una hermana —agregó.

—¡Y yo tengo cuatro! —exclamó Elizabeth con una risa, contenta por el cambio de tema.

—¿Cuatro? ¿Y están todas casadas? —preguntó Georgiana, con la intención de recabar tanta información como fuera posible.

—No, ninguna, Jane es la mayor, y la primera de nosotras en llegar al altar. Las demás estamos en casa y probablemente nos quedemos ahí por algún tiempo —dijo Elizabeth. Ella le señaló a sus hermanas más chicas a la Señorita Darcy, quien parecía extraordinariamente curiosa sobre ellas. Sin duda era interesante para ella echar un vistazo a una familia tan diferente de la suya. Elizabeth la encontró un sujeto de lo más interesante; había escuchado en Lambton que la Señorita Darcy era exageradamente orgullosa, consistente con la descripción de ella que le había dado el Sr. Wickham; sin embargo, sus modales eran modestos y gentiles, y si bien aún poseía algo de la inadaptación de su edad, parecía estar cubierta por amabilidad. Estaba agradecida de descubrir que la Señorita Darcy no parecía ser una aguda y desinhibida observadora como su hermano.

Georgiana se las arregló para unirse firmemente a Elizabeth, para el desagrado de la Señorita Bingley, quien nunca la había escuchado decir tantas palabras desde que la conocía. A Elizabeth la divertía la turbación de la Señorita Bingley, pero tenía algunas reservas acerca de fomentar la amistad de la Señorita Darcy; ella no creía que el Sr. Darcy estuviera complacido de que su hermana volviera a Londres con novedades de su particular relación.

Ella no contaba con la determinación de la Señorita Darcy; de alguna manera ella convenció al Sr. Bingley de permitirle acompañarlo en su visita a Longbourn al día siguiente. Aunque Elizabeth intentó animarla a hablar con Mary o Kitty que eran más de su edad y también tenían menos probabilidad de causar incomodidad a su hermano si sus nombres eran mencionados alguna vez, la Señorita Darcy parecía entrar en un lapso de estar trabada y tímida cuando quiera que no estaba hablando directamente con Elizabeth. Después de que el Sr. Bingley hiciera referencia a su timidez habitual, Elizabeth empezó a preguntarse con algo de diversión, que rara suerte le había dado esta extraña habilidad para atraer a miembros de la familia Darcy. Aunque encontraba placentera de compañía de Georgiana, no le entristecía que su relación tendría que terminar inmediatamente después del matrimonio de Jane, dado el dolor que seguiría inevitablemente a cualquier relación más cercana entre ellas.



EL DÍA DE LA BODA LLEGÓ rápidamente. La ceremonia de la boda fue tanto solemne como gozosa; Jane estaba tan bella como podía estarlo una novia y Bingley no podía dejar de sonreír. Elizabeth, de pie al frente de la iglesia, sintió toda la felicidad en nombre de su hermana, y reflexionó que esta era una cosa buena que había salido de aquel terrible día en Hunsford; Jane y Bingley, juntos como debía ser. Ella pensó con aprecio en Darcy, quien había triunfado sobre sí mismo lo suficiente para darles esta oportunidad, y se sintió orgullosa de él.

Elizabeth siguió a los nuevos Sr. y Sra. Bingley por el pasillo de la iglesia después de la ceremonia, su mano en el brazo del Sr. Ansfield. Con una sonrisa contagiosa, él le dijo

juguetonamente: —Espero que Bingley aprecie que completé el papel sin caer en desgracia.

—Lo hizo de maravilla —replicó ella con una risa feliz, colocando su mano libre sobre su brazo por un momento—. Estoy segura de que el Sr. Bingley estaba bastante complacido; esto es, ¡si es que pudo notar algo más allá de mi hermana!

Casi habían llegado a las puertas de la iglesia cuando ella permitió que su mirada pasara sobre los invitados reunidos, deteniéndose abruptamente con sorpresa cuando se encontraron con un par de ojos oscuros que nunca podría olvidar. La mirada en ellos era una que nunca había visto antes, sin embargo... una mirada de fría aversión que pareció cortar directamente a través de ella. Toda su felicidad por el día pareció desvanecerse como si nunca hubiera existido, y fue reemplazada por un dolor desgarrador.

Se forzó a mirar a otro lado, aunque una parte de ella deseaba fijar sus ojos en él para siempre. Confiando en el Sr. Ansfield para que la guiara hacia afuera, de alguna manera se las arregló para seguir adelante, saludando invitados, besando a Jane, y abrazando a Bingley, pero mientras tanto sus pensamientos estaban en Darcy. Ella se había imaginado encontrarlo de nuevo tantas veces; se había imaginado enfrentarse con dolor y aún con ira, pero nunca había pensado ver desprecio en sus ojos, y la idea la cortaba como cuchillo. No podía decir que no se lo mereciera, pero le dolía.

Ella estuvo inusualmente callada en el viaje en carruaje hacia Netherfield, pero afortunadamente esto no fue notado ya que su madre hacía reseña de los triunfos de la boda en detalle. Elizabeth no podía evitar pensar en el poder de su reacción al ver a Darcy de nuevo, y de forma tan inesperada. El desayuno de la boda de seguro iba a ser una prueba; ella no podía decidir si tenía más esperanza de hablar con él o lo temía. Sin importar su comportamiento, ella estaba determinada a encontrarlo con la mayor educación como correspondía a un hombre de honor y sentido a quien había agraviado. Quizá entonces tendría al menos el consuelo de saber que él ya no creía que ella pensaba mal de él.

A su llegada, Elizabeth encontró a Jane rodeada por un grupo de personas dándole buenos deseos. Bingley estaba un poco hacia un lado, hablando con urgencia con el mayordomo sobre algún asunto. Ella no deseaba bajo ninguna circunstancia estar de pie sola, así que buscó un rostro amigable. Distinguiendo al Sr. Ansfield a través del salón, estaba a punto de moverse en su dirección cuando la Señorita Darcy apareció a su lado.

—¡Señorita Bennet! —exclamó la muchacha—. Nunca adivinaría... mi hermano ha venido, después de todo. Él estaba planeando regresar a Londres directamente después de la ceremonia, pero yo le rogué que se quedara al desayuno, como lo hizo el Sr. Bingley, y él finalmente estuvo de acuerdo.

—Debe estar usted muy complacida de verle —respondió Elizabeth, con el corazón demasiado triste para alegrarse.

—Lo estoy... y usted debe venir a saludarlo; conoce a tan poca gente aquí, y usted sabe, estoy segura, qué tan tímido es para conocer a nuevas personas.

Elizabeth difícilmente podía rehusar esta solicitud, pero la desconcertaron las palabras de la Señorita Darcy. ¿Tímido? No era un concepto que ella hubiera pensado en aplicar al Sr. Darcy entre todas las personas, sin embargo, aclaraba muchas cosas para ella, desde por qué se había rehusado a bailar con ella en la asamblea a los silencios que ella había interpretado como orgullo. Con algo de ansiedad, siguió a la muchacha a través del salón, pensando que bien podía completar este primer encuentro, sin importar como saliera.

—Fitzwilliam, recuerdas a la Señorita Bennet, ¿o no? Ella me ha contado que te conoció aquí —dijo Georgiana con determinada alegría. Ella no tenía intención de permitir dejar pasar la

oportunidad, ya fuera para bien o para mal, y era su última oportunidad de descubrir lo que había entre su hermano y la Señorita Bennet.

Elizabeth se sintió casi no poder hacer nada más que mirarlo. Estaba un poco más delgado de lo que ella recordaba, pero aparte de eso se veía igual. La hostilidad que había percibido en la iglesia había desaparecido, o al menos estaba bien disfrazada; ahora parecía solamente impenetrablemente grave.

No parecía estar muy cómodo, pero le dio sus cumplidos con educación, preguntando sobre los miembros de su familia a los que todavía no tenía el placer de ver ese día. Escasamente sabía ella cómo responder, si responder a la alteración en su educación desde la última vez que se habían visto, o a la severidad de su semblante. Ella ganó tiempo brevemente con unas cuantas palabras sobre el tema de la boda, y luego dijo: —Tenía entendido que no se le esperaba hoy, señor. Sé que debe ser un gran placer para el Sr. Bingley y para mi hermana que haya asistido.

—El placer es mío, Señorita Bennet —dijo él con más de un toque de ironía en su voz.

La sonrisa de Elizabeth vaciló por un momento ante la implicación, pero estaba determinada a ser educada sin importar la provocación que se le ofreciera—. Su hermana me cuenta que los negocios lo han estado manteniendo en la Ciudad, Sr. Darcy. ¿Está muy tranquilo por allá en esta época?

—Bastante quieto; no estoy ahí para entretenerme —dijo él con frialdad. Se preguntó cómo reaccionaría ella si le dijera que estaba en Londres porque no podía enfrentar ir a Pemberley sin ella, al menos no desde que Bingley había decidido regresar a Netherfield en lugar de aceptar su invitación de visitar Derbyshire. Pero no tenía sentido ni siquiera preguntarse qué pensaría ella; él había visto como tan solo el verle había borrado la sonrisa del rostro de ella en la iglesia, y sabía que no estaría hablando ahora con él si Georgiana no los hubiera forzado en esta posición. ¡Qué mala suerte que, de todas las personas en Hertfordshire, Georgiana hubiera elegido unirse a *ella*! Ella lo estaba mirando juguetonamente, y él pudo ver que iba a ser víctima de alguna de las bromas que le habían encantado. Se preparó para soportarlo.

—Fue una gran sorpresa cuando el Sr. Bingley regresó a Netherfield en primavera, Sr. Darcy. Fue usted muy taimado; no dijo ni media palabra cuando estuvo en Kent —dijo ella.

Touché, Señorita Bennet, pensó él. Con la más ligera de las sonrisas, él dijo en voz alta. —No lo sabía en ese momento. Como sabe, el Sr. Bingley es una criatura de impulsos a veces, así que no me sorprendió cuando decidió regresar. Entiendo también que el regimiento se ha ido de Meryton. —Él no tenía aversión a regresarle el reto.

Ella se ruborizó ligeramente—. Me alivia decir que eso es exacto, señor —dijo ella—, aunque desafortunadamente no toda mi familia está de acuerdo con mi opinión en el asunto.

Así que ella creyó lo que le dije en mi carta; algo es algo, al menos, pensó él. Era bueno saber que había sido absuelto de crueldad en ese aspecto, al menos. Intentó pensar en una respuesta, pero parecía haber un embargo sobre cada tema. Antes de que el silencio se hiciera demasiado incómodo, sin embargo, Elizabeth se disculpó, diciendo que su madre la necesitaba. Él se inclinó ligeramente, con el familiar sentimiento de vacío llenando de nuevo su corazón mientras la miraba alejarse.

—La Señorita Bennet es encantadora —dijo Georgiana con determinado buen humor—. Me cae muy bien.

El rostro de Darcy se torció en una media sonrisa irónica—. Sí, es encantadora —dijo cortante. Lo último que necesitaba en ese momento era escuchar a Georgiana elogiar a Elizabeth. Sus ojos la siguieron mientras iba de su madre al padrino de Bingley, con el que la había visto reír con

tanta felicidad en la iglesia. Se preguntó si habría otra boda en puerta, e intentó alejar su vista de ella sin éxito.

La comida fue anunciada, y él le ofreció su brazo a Georgiana, que se veía extrañamente decepcionada por alguna razón. En el comedor le molestó ver que no estaba sentado con ella, pero una rápida verificación de aquellos que estarían junto a ella no reveló causa de inquietud, y él era, después de todo, una adición de último momento al evento. No pudo evitarlo; tan pronto como Georgiana estuvo sentada, empezó a buscar entre la multitud para tratar de ver a Elizabeth. Ella no estaba, como él había esperado, con el grupo de la boda, en lugar de eso, estaba sentada ligeramente a un lado entre personas que él no conocía, con la cabeza ligeramente inclinada de manera poco característica.

Caminó alrededor de la mesa, buscando una tarjeta con su nombre. Experimentó un sentimiento de aprensión al acercarse al lugar donde Elizabeth estaba sentada, y de algún modo no le sorprendió descubrir que algún raro azar lo había colocado junto a ella. Respiró profundamente antes de sentarse.

Elizabeth, que había estado esperando su aparición, dirigió su mirada hacia él. —Nos encontramos de nuevo, Sr. Darcy —dijo ella, con una sonrisa que hubiera sido pícara si ella hubiera estado de mejor ánimo.

—En efecto, Señorita Bennet —dijo él uniformemente, pensando que esta iba a ser realmente una comida muy larga. Para empeorar las cosas, estaban sentados entre un mar de parientes de Bingley a quienes no conocía, creando un pobre prospecto de otra conversación también. Sonrió tristemente, recordando haber bailado con ella en el baile de Netherfield y la forma en que ella lo retó a conversar con ella. Bueno, le demostraría que había puesto atención a sus reproches, sin importar qué tan doloroso pudiera ser—. Usted parece haberle causado bastante impresión a mi hermana —dijo él.

—No lo hice con intención —confesó Elizabeth, quien se había estado preguntando como explicar precisamente eso—. La Señorita Bingley nos presentó, y me imagino que se sentía sola. —Dándose cuenta de que esto podía sonar como crítica de su elección de no acompañar a Georgiana, ella agregó con rapidez—. Es encantadora, debo decir. Debe estar muy orgulloso de ella.

—Gracias —dijo él con gravedad—. Me sorprendió que deseara viajar tan lejos para asistir a la boda del Sr. Bingley, pero fue muy insistente, aun cuando iba a haber poca gente que conociera aquí. Ella ha, por supuesto, conocido al Sr. Bingley por muchos años, y lo ve casi como otro hermano.

—Puedo simpatizar con ella; hay muchos más extraños aquí de los que pude haber anticipado, pero me supongo que el Sr. Bingley conoce a muchísima gente.

—Usted parece conocer bastante bien a su padrino. —No había querido que sus palabras sonaran tan acusadoras como lo hicieron, aunque habían estado en su mente desde que la vio caminar por el pasillo de la iglesia con el hombre que había tomado el lugar que él había rehusado en la boda. Había estado satisfaciendo el placer culpable de observarla durante la boda, guardando recuerdos, y verla claramente disfrutando la compañía de otro hombre había traído un aumento incontrolable de amargamente dolorosos celos. Había necesitado cada onza de autocontrol que poseía para no arrebatarla y llevarla lejos en ese momento.

Ella le dirigió una mirada desconcertada. —No muy bien; nos conocimos hace solo unos días. Es muy divertido... se va a casar pronto, y ya está lleno de las ansiedades del novio.

Él sintió un alivio más grande al escuchar sus palabras de lo que pudo haber creído posible. *¿Qué importa si le gusta otro hombre o no?* se reprendió a sí mismo. *Ella ha dejado claro que*

no quiere tener nada contigo... ¿qué diferencia tiene a quién elige en tu lugar? A pesar de sus esfuerzos, sin embargo, sabía que tenía una diferencia; ya era suficientemente difícil saber que nunca sería suya, pero la idea de ella con otro hombre era completamente intolerable. *No debí haber venido*, pensó él, no por primera vez ese día.

Todos los temas de conversación parecieron fallar en este punto, y aparte del ocasional esfuerzo desgastado de cada uno de ellos de comentar sobre la comida o la ocasión, permanecieron mayormente en un silencio que se hizo cada vez más doloroso para Elizabeth. Ella no podía dejar de preguntarse qué estaba pensando él de ella; su semblante parecía sugerir que estaba muy lejos de sentirse complacido con la actual situación. Ella no podía decir por qué era que de repente ella deseaba con tanta fiereza ver el tipo de sonrisa que ella había visto a veces en su rostro cuando la miraba en el pasado, o alguna señal del hombre que había finalizado su carta con: *Solo agregaré, Dios la bendiga*.

Ella miró para confortarse hacia Jane, y la vio sonrojarse de forma encantadora, con la mirada baja, mientras un sonriente Bingley le murmuraba algo al oído. El sentimiento de placer que sintió ante esta vista se vio templado por la inesperada realización de que ella ya no podía imaginarse a sí misma alguna vez en lugar de Jane; en algún punto, el haber rechazado al Sr. Darcy se había transformado en su mente en el conocimiento de que ella no se casaría con nadie más. Un profundo sentimiento de soledad la llenó, y miró hacia abajo abruptamente, preguntándose cuándo había sucedido que ella se había enlazado a él de tal manera. En el frío silencio del hombre a su lado ella escuchó un eco del pasado: *No puedo perdonar las insensateces y vicios de los demás tan pronto como debería, ni sus ofensas contra mí... Mi buena opinión, una vez que se pierde, se pierde para siempre*. Poco se había dado cuenta mientras bromeaba con él este día cuán dolorosamente esta característica se volvería contra ella.

Era más de lo que podía soportar. Temiendo que su compostura estaba en riesgo, Elizabeth se disculpó apresuradamente y salió del salón. Buscó una salita posterior donde fuera probable que nadie la molestara, y aprovechó la tranquilidad para tratar de calmar sus nervios. *No es tan serio como todo eso*, se aleccionó a sí misma. *Después de todo, nada ha cambiado realmente; no estás peor que como estabas anoche. Así que ya no cuentas con su buena opinión... esto no puede ser importante, dado que es poco probable que lo veas mucho en el futuro*. Tendría que confiar en Jane, decidió ella; si Jane conocía las circunstancias, la ayudaría a evitar la compañía del Sr. Darcy cuando pudiera visitar al Sr. Bingley. Ella solo podía desear encontrar estos planes tranquilizadores en lugar de agudamente dolorosos.

Ella no deseaba enfrentarlo de nuevo, y si el evento no hubiera sido la boda de Jane, nada habría evitado que caminara a casa a Longbourn en ese momento, pero ella no haría nada que restara valor a los recuerdos de Jane de su día especial. Ella decidió simplemente permanecer donde estaba hasta que se hubiera calmado lo suficiente para enfrentarlo de nuevo. Nadie la molestaría aquí, y ella podía simplemente acurrucarse en el asiento de la ventana y ver hacia afuera.

Ella permaneció sentada ahí por un breve período de tiempo hasta que la sorprendió un ruido detrás de ella. Avergonzada, se levantó de un salto desde su poco elegante posición solamente para ver al Sr. Darcy de pie en la puerta, con las mejillas tan ruborizadas como las de ella.

—Perdóneme, Señorita Bennet—dijo el en una voz más gentil de la que le había escuchado en todo el día—. No deseaba perturbarla, solo decirle que he decidido partir de inmediato, para que pueda volver al comedor cuando lo desee. Lo lamento, nunca fue mi intención molestarla de ningún modo. —Él hizo una leve reverencia, claramente preparándose para irse.

—¡No! Espere, por favor, Sr. Darcy —dijo ella rápidamente—. Por favor no se vaya por mi culpa; yo sé qué tan importante es su presencia aquí hoy para el Sr. Bingley, mientras que a mí puede verme cuando quiera. Me las arreglaré.

Él sacudió la cabeza. —No puedo permitir eso. No deseo incomodarla y yo soy el invitado inesperado. —Sus ojos estaban fijos en ella.

—Por favor, Sr. Darcy —dijo ella en voz baja—. Estaré mucho más incómoda si se va temprano.

Él la miró, la indecisión clara en su expresión—. Si eso es lo que verdaderamente desea...

—Lo es —replicó ella, adolorida por la tensión en el aire entre ellos.

Él no parecía feliz—. Bien, entonces, me iré cuando los demás invitados empiecen a irse, si eso es agradable para usted.

—Gracias —dijo ella.

—No la molestaré más, entonces. Por favor permítame disculparme por perturbarla en un día que debió ser jubiloso. —Él dudó por un momento antes de darse vuelta para partir.

Elizabeth sintió un dolor tenso en la garganta—. Solamente si usted acepta mis disculpas también por las cosas falsas y crueles que le he dicho —dijo ella.

Darcy se sintió dividido entre el deseo de irse y el deseo de permanecer con ella. —Señorita Bennet, es usted muy amable, pero hace mucho he reconocido que la falta esa noche fue mía. No es una ocasión que recuerde con orgullo.

Ella había sabido que él debía lamentar su elección de proponerle matrimonio, pero era amargo escucharlo tan directamente de cualquier modo; y ella se había atrapado a sí misma en una conversación que no tendría una resolución feliz. No pudo pensar en nada que decir, y cerró los ojos cuando sintió que las lágrimas empezaban a hacerlos arder—. No es nada, señor; por favor, olvide que dije algo —dijo ella, y se horrorizó al sentir temblar su voz. El dolor en su pecho se hizo más intenso, y, dándose cuenta de que ya no podía controlarse, eligió la falta de educación de darle la espalda sobre la humillación de permitirle verla llorar. Solo podía esperar que él captara la indirecta y la dejara.

Su deseo no iba a ser concedido, sin embargo. En lugar de eso, ella sintió la mano de él tocar su brazo ligeramente. —Por favor, Señorita Bennet —dijo él, con voz adolorida—. No merezco sus lágrimas.

Sus palabras solo resaltaron su propio sentido de pérdida y empezó a llorar más fuerte, cubriendo su rostro con las manos. Él se quedó mirándola indeciso por un minuto, sintiéndose impotente en vista del dolor de ella que no podía explicarse; y luego, con una exclamación, cedió a su instinto y puso sus brazos alrededor de ella esperando confortarla.

Ella no deseaba alejarlo. Poniendo su pañuelo sobre sus ojos, ella recargó su cabeza sobre el hombro de él y lloró incontrolablemente. Solamente sabía que su abrazo le ofrecía confort y alivio, y no deseaba estar en ninguna otra parte.

A Darcy le dolía el corazón por su dolor, y le dijo palabras de consuelo, urgiéndola a calmarse; sin embargo, se encontró a sí mismo en la extraordinaria posición de querer tanto reconfortarla como de esperar que continuara llorando para poder abrazarla un poco más. Este recuerdo de tenerla en sus brazos tendría que durarle toda la vida, y no estaba ansioso de dejarla ir, especialmente después de que la mano libre de ella lo rodeó por la cintura. Él sabía que ella no estaba consciente de lo que estaba haciendo, pero se permitió imaginar que lo sabía y lo aceptaba. —Por favor, Elizabeth, no llores —dijo él, llamándola por su nombre como siempre lo hacía en sus pensamientos, pero a lo cual no tenía derecho—. No importará, acabará pronto. —Él solo

deseaba entenderla mejor, poder tener alguna clave sobre por qué su aparición la había alterado tan profundamente—. Mi dulce Elizabeth, lo siento mucho; nunca quise herirte —dijo él.

Gradualmente, su tormenta de lágrimas pasó y él esperó que ella lo alejara, pero en lugar de eso, ella descansó tranquilamente en sus brazos, sin moverse ni protestar. Él intentó tranquilizar su corazón palpitante, advirtiéndose no leer nada en su elección cuando estaba tan claramente alterada, pero era difícil no tener esperanzas, y al tener esperanzas, no desear más. Sabía que debía soltarla y alejarse, pero no podía obligarse a hacerlo. Finalmente, cuando su conciencia ya no pudo tolerar el aprovecharse de su angustia, él dijo gentilmente: —¿Señorita Bennet? —Ella levantó la mirada hacia él desde dentro de sus brazos, sus bellos ojos aún luminosos con lágrimas.

Él no hubiera podido evitar besarla, así como no podía evitar que el sol saliera por el este. Gentil, tiernamente, rozó sus labios contra los de ella; y luego, cuando ella no protestó, probó la dulzura de su beso nuevamente, permitiendo que sus labios se quedaran ahí hasta que sintió el inmenso placer de la boca de ella presionando contra la suya en una respuesta que escasamente se había atrevido a soñar.

Elizabeth no sabía qué la sorprendía más... que el Sr. Darcy la estuviera besando, que ella se lo estuviera permitiendo, o que el mero roce de los labios de él le pudiera brindar tanta felicidad. Ella quería que él nunca se detuviera, pero sabía que tenían que detenerse, y que ella debía haberlo detenido hacía mucho tiempo. *Solo una vez más, luego me detendré*, pensó ella y sintió la placentera corriente de sensación cuando sus labios se encontraron de nuevo. Ella sabía que si seguía viéndolo no podría resistir la tentación que él ofrecía, así que recostó de nuevo su cabeza sobre el hombro de él. Sus pulsos revoloteaban al pensar en lo que había sucedido, y en que ella estaba encontrando felicidad de estar en sus brazos. Ella deseaba poder preguntarle si había querido decir las palabras que le dijo mientras lloraba, pero tenía miedo de hablar. Era como si las palabras pudieran romper el encanto, o, aún peor, llevar a que se renovaran sus discusiones, y esa era una posibilidad que ella no podría soportar.

Él parecía sentir algo parecido ya que también estaba en silencio, empleando mejor su tiempo, presionando besos lentos, suaves sobre su cabello y frente. Parecía que había pasado un tiempo demasiado corto antes de que él detuviera sus atenciones por unos minutos y, con una formalidad que parecía ajena a las circunstancias, dijo: —Hemos estado lejos de la fiesta por demasiado tiempo, la gente va a comentar sobre ello, y no falta mucho tiempo para que deba partir a Londres.

Ella podía escuchar lo remoto de su voz, y esto trajo de regreso en un instante la presión sobre su pecho. *Él lamenta esto; no quiso que sucediera*, pensó ella. Ella podía ver muy fácilmente ahora cómo un hombre que una vez había tenido fuertes sentimientos por ella podía haber sido incapaz de resistir la tentación que ella ofrecía, aún si iba en contra de sus actuales expectativas y deseos. Bien, ella no podía negarle su triunfo; las cosas se habían volteado contra ella esta vez. Su orgullo, sin embargo, no le permitiría que él viera qué tan profundamente estaba herida. Ella se salió de su abrazo y dio un paso atrás, con la barbilla en alto. —Lo entiendo perfectamente, Sr. Darcy —dijo ella fríamente.

Él la miró desconcertado, pero no se atrevió a preguntar qué quería decir. En lugar de eso, el solamente dijo: —¿Regreso yo primero, entonces?

Ella inclinó la cabeza. —Creo que sería lo mejor.

Él no podía entender su retraimiento... un momento había estado cálidamente complaciente en sus brazos, y al siguiente estaba tan distante como la luna. ¿Estaba enojada con él por su presunción? No parecía haber ira en su semblante, sin embargo. Él resolvió moverse con cautela para no poner en peligro su frágil entendimiento, y en lugar de la pregunta que estaba anhelando

hacer, dijo humildemente: —Señorita Bennet, cuando pueda volver a Netherfield, después de que regresen el Sr. y la Sra. Bingley de su viaje, ¿me permitiría el honor de visitarla?

El alivio que sintió Elizabeth con sus palabras fue tanto extraordinario como transparente, a medida que se dio cuenta que de alguna manera había malentendido sus expresiones previas. Por un momento, no pudo confiar en sí misma para hablar, pero luego dijo: —Eso me gustaría mucho, señor.

Una rara sonrisa se extendió lentamente sobre el rostro de él, haciéndolo verse muy atractivo. Él dijo suave pero significativamente: —Gracias.

Elizabeth solamente pudo observarlo mientras él se daba vuelta para irse, sintiendo como si él estuviera llevándose su corazón con él. En la puerta, él hizo una pausa y se volvió para verla por un momento, luego, sin advertencia, él estaba a su lado de nuevo, inclinando su cabeza para besarla de nuevo. Fue tan solo una caricia ligera de sus labios sobre los de ella, pero sus bocas se aferraron una a la otra. Ella se quedó mirándolo con anhelo cuando él levantó la cabeza, y la mirada en sus oscuros ojos le aseguró que él no estaba más feliz de detenerse de lo que estaba ella.

Casi sin pensarlo, él rozó los labios de ella con los suyos una última vez. —Solo quería estar seguro de que no lo había soñado —dijo él con suavidad.

—Habría sido un sueño muy dulce, entonces —replicó Elizabeth con más de su usual vivacidad de lo que él había visto en todo el día.

El tocó su mejilla ligeramente. —Muy dulce en verdad. No sé que causó que cambiaras de opinión, pero me alegra mucho que lo hayas hecho. Te esperaré en el comedor... Elizabeth —dijo él, invocando calladamente su nombre, como si fuera un privilegio.

La intimidad de escucharlo deliberadamente decir su nombre envió un estremecimiento a través de ella y solo pudo quedarse mirándolo, con el corazón en los ojos, mientras él salía de la sala.

Ella se hundió en una silla, abrumada por la magnitud de lo que había sucedido entre ellos. ¿Cómo podían haber cambiado tantas cosas tan rápido? Ella se había sentido tan miserable, y ahora estaba feliz. No podía esperar para contárselo a Jane.

Sus labios se movieron divertidos al darse cuenta de que había olvidado por completo el cambio más grande; que Jane era ahora la Sra. Bingley, y que Elizabeth no compartiría estas novedades esa noche mientras se preparaban para dormir. *No importa; puede esperar*, pensó ella con una sonrisa. Lo que no podía esperar, decidió ella, era volver al lado del Sr. Darcy; si tan solo iba a tener un poco de tiempo con él antes de que se fuera, deseaba aprovecharlo al máximo.

Se detuvo rápidamente en el vestidor para arreglarse un poco. Se echó agua fresca en el rostro hasta que ya no pudo ver rastros de lágrimas cuando se miró en el pequeño espejo, pero nada podía disfrazar el resaltado color en sus labios y mejillas. Ella presionó sus manos contra su rostro, recordando sus besos. Nada volvería a ser lo mismo jamás.

Encontrando su camino de regreso al comedor, sintió un momento de duda cuando entró; un sentimiento de desorientación, como si de alguna manera, cuando volviera a verlo, él sería de nuevo el hostil extraño de la iglesia. Pero cuando llegó a su lado, él se volvió con tal expresión de placer hacia ella, que no pudo pensar en nada más.

—Señorita Bennet, espero que se esté sintiendo mejor —dijo él con una sonrisa reprimida.

Elizabeth vio a sus vecinos volverse a verla. —Ah... sí, gracias; era solamente un leve dolor de cabeza. Un poco de aire fresco era todo lo que necesitaba —dijo ella.

Los ojos de él la acariciaron. —Me alegra escucharlo.

Ella se ruborizó; y en su desconcierto se quedó por un momento sin palabras, hasta que recordó el comentario anterior de él en que se preguntaba qué la había hecho cambiar de opinión. Ella

volvió una mirada vivaz hacia él, y dijo: —Sr. Darcy, no creo haberle mencionado que tuve la oportunidad de viajar a Derbyshire a principios del verano.

—¿En verdad, Señorita Bennet? —El tono de Darcy era más apropiado para un cortejo que para una conversación casual, y Elizabeth tragó con dificultad.

—Sí, fui de paseo con mi tío y mi tía, y visitamos muchas de las vistas... los Peaks, Chatsworth, Dove Dale... es una región encantadora, debo decir. Hasta tuve la oportunidad, a insistencia de mi tía, de visitar Pemberley.

Sus cejas le dispararon hacia arriba con sorpresa. —¿*Usted* estuvo en *Pemberley*?

—Sí, toda una coincidencia, ¿o no?

—Sí, lo es —dijo él lentamente, como no seguro de qué deducir de esta información—. Y ¿disfrutó su visita?

—Oh, ¡muchísimo! La casa es preciosa y los terrenos encantadores —dijo ella, con los ojos brillando con picardía—. Debo admitir, sin embargo, que mi parte *favorita* fue platicar con su ama de llaves, la Sra. Reynolds.

Él la miró con algo de duda. —Aunque aprecio mucho a la Sra. Reynolds, y ella es un valioso miembro de mi hogar, encuentro bastante sorprendente que usted haya encontrado que *ella* es la parte más interesante de Pemberley.

—Quizá fue porque encontré su conversación muy reveladora, especialmente sobre el tema de la familia —dijo Elizabeth. Bajando la voz, ella agregó: —Ella le dio lo que mi tía llamó una ardiente recomendación. Ella *me* dio mucho en qué pensar.

La comprensión iluminó sus ojos, y él sonrió levemente. —Claramente tengo que recompensar mejor a la Sra. Reynolds por sus servicios —dijo él. Él buscó la mano de ella bajo la mesa y la asió con fuerza.

Elizabeth se sorprendió bastante, pero no desagradablemente, de encontrar que el sobrio Sr. Darcy tenía un elemento de niño de escuela juguetón y no completamente apropiado en él. El cambió la conversación para obtener su opinión sobre los atractivos más usuales de Pemberley, pero mientras lo hacía, acariciaba la parte posterior de su mano con su pulgar de una forma que ella encontraba inesperadamente distraente.

Cuando la comida llegó a su final no mucho después, Darcy, aunque manteniendo toda evidencia de propiedad, no hizo ningún esfuerzo para disfrazar su intención de monopolizar su compañía antes de su partida. Él se sorprendió de que Georgiana no intentara unirse a ellos inmediatamente; ella claramente estaba haciendo grandes avances en conquistar su timidez. Pero demasiado pronto llegó el momento de partir. Él convenció a Elizabeth de acompañarlo a despedirse del Sr. y la Sra. Bingley.

Tan pronto como llegaron con ellos, Bingley miró a Darcy muy expresivamente y se dieron la mano con tal calidez que no quedó duda de su observación sobre el cambio entre ellos, un hecho que hizo que Elizabeth se ruborizara y que Darcy lo mirara con la vivaz sospecha que solamente alguien que acababa de pasar recientemente de un estado de desolación a uno de euforia se las podía arreglar. Si Jane había notado cualquier diferencia, fue más sutil en su reacción que su nuevo esposo, para alivio de Elizabeth, quien todavía no estaba preparada para revelarle al mundo en general, y a su madre en particular, las intenciones del Sr. Darcy.

Ella se encontró acompañándolo a su carruaje. Georgiana, quien había decidido viajar de regreso a Londres con su hermano en lugar de con la pareja con la que había arreglado previamente llevarla, estaba de pie cerca de ellos, súbitamente fascinada por los árboles al frente de Netherfield mientras su hermano tomaba la mano de Elizabeth y la besaba ligeramente. Él se las arregló para acariciar los dedos de ella mientras los soltaba, y Elizabeth se estremeció.

—Espero que nos encontremos pronto de nuevo, Señorita Bennet —dijo él, su voz tierna.

—Lo esperaré con ansia, señor —replicó ella con la vivaz sonrisa que primero lo había atraído todos esos meses atrás.

—Georgiana —dijo Darcy, con los ojos todavía sobre Elizabeth—, es hora de irnos.

Georgiana se volvió, y para sorpresa de todos, lanzó sus brazos alrededor de Elizabeth en un cálido abrazo. Ella los había observado de cerca antes, notando primero su sobriedad, luego su ausencia conjunta, y la obvia felicidad de su hermano después de su regreso. Ella se había sentido aliviada sin medida de verlo sonreír de nuevo, y divertida de darse cuenta de que él tenía tomada de la mano a la Señorita Bennet bajo la mesa.

Sobre el hombro de la Señorita Darcy, los sorprendidos ojos de Elizabeth encontraron los de su hermano. Georgiana susurró: —Gracias —luego permitió que Darcy la ayudara a subir al carruaje. Con una última, seria mirada a Elizabeth, Darcy entró al carruaje también. Cuando se alejaron, Elizabeth se quedó de pie y los observó hasta que desaparecieron de vista.

Sin la evidencia frente a ella, ella empezó a sentir cierta confusa incredulidad... podía realmente ser verdad que el Sr. Darcy la había sostenido en sus brazos, la había besado. Se abrazó a sí misma por un momento, y luego volvió en silencio a la casa.

No bien había aparecido cuando Jane la buscó y la llevó hacia un lado. —Queridísima Lizzy, debo saber... ¿qué ha sucedido? —dijo ella calladamente.

Los ojos de Elizabeth bailaron pícaramente. —¿Qué ha sucedido? —bromeó ella—. Te has casado con el Sr. Bingley... ¡eso es lo que ha sucedido!

—Oh, por favor, en serio, Lizzy... ¡con el Sr. Darcy, por supuesto! No puedes ser tan cruel de permitir que me vaya lejos por tanto tiempo sin saber —dijo ella persuasivamente.

—¡Y estoy segura de que el Sr. Bingley está esperando ansiosamente escuchar esto también!

Jane se sonrojó. —Bueno, está muy inquieto... ha estado tan preocupado por el Sr. Darcy, y luego hizo arreglos para que se sentaran juntos, esperando que tuvieran la oportunidad de arreglar sus diferencias.

Así que no había sido una coincidencia, pensó Elizabeth algo divertida. —Bueno, entonces, puedes decirle que su plan tuvo éxito, y el Sr. Darcy tiene ahora un buen entendimiento de cómo ha cambiado mi opinión sobre él. Pidió visitarme cuando tú y Bingley hayan regresado.

Los ojos de Jane se iluminaron. —¿Lo hizo? —exclamó excitadamente—. ¿Y tú que dijiste, Lizzy?

Elizabeth estuvo bastante tentada a bromear, pero pudo ver cuánto significaba esto para Jane. —Le dije que me gustaría eso —dijo ella con calidez.

Jane lanzó sus brazos alrededor de Elizabeth. —Oh, ¡estoy tan feliz! Este es el mejor regalo que pude haber recibido hoy.

—Sí, y tú tienes un nuevo esposo que piensa que *tú* eres el mejor regalo que haya recibido jamás, y deber volver con él —dijo Elizabeth con ligereza—. Te escribiré una carta contándotelo todo, te lo prometo. —*Bueno, hay unos cuantos detalles que dejaré por fuera*, pensó ella de buen humor, recordando la sensación de los brazos de él rodeándola y la exquisita sensación de su beso.



ELIZABETH REPASÓ SU encuentro con Darcy con bastante frecuencia durante los próximos días, intentando recordar cada palabra e intimación, frecuentemente con placer, pero algunas veces con ansiedad cuando pensaba en cuánto tiempo pasaría hasta verlo de nuevo. Pasarían dos meses completos antes de que los Bingley regresaran a Netherfield, y muchas cosas podían suceder durante ese tiempo... incluyendo un cambio de opinión hacia la mujer que, al reflexionar,

le había causado más dolor que placer. Para empeorar las cosas, ella no tenía forma de saber si sus sentimientos habrían cambiado, ya que no podía haber contacto entre ellos. Ella había tenido la leve esperanza de que a la Señorita Darcy se le ocurriera escribirle, solo para tener noticias de su existencia, pero sabía que su relación era demasiado leve para garantizar tal correspondencia; así que se resignó lo mejor que pudo a esperar.

Había decidido no contarle a su familia sobre el interés del Sr. Darcy en ella hasta no estar segura de que él tenía intención de regresar... lo cual, desafortunadamente, no sería hasta que ella supiera de su regreso a Netherfield, si es que en realidad ocurría. Ella no quería enfrentar la tontería de esperanzas desilusionadas en público, y sabía sin sombra de duda, que no había posibilidad de que su madre se guardara semejante noticia.

El Sr. Darcy había sido bastante claro en que ella no debía esperarlo antes de los Bingley regresaran a Netherfield, así que no fue con poca sorpresa que solamente dos semanas después ella escuchó a Kitty anunciar las noticias de que cabalgaba por el camino. Ella se ruborizó; de seguro esto quería decir que sus intenciones no habían cambiado, pero ¿por qué había regresado tan pronto? Y más importante, ¿cómo iba ella a explicárselo a su familia? Ella rápidamente volvió su mente a la cuestión de cómo sacarlo lo más rápidamente del seno de su familia, pero solamente tuvo un momento antes de que él tocara la puerta.

Ella esperó ansiosamente a que lo anunciaran, pero mientras vigilaba la puerta, vio a Hill llevarlo más allá de la sala de estar. Él la miró solo por un momento al pasar, arreglándoselas para captar la mirada de Elizabeth; su expresión era seria, casi grave, como ella la había visto en el pasado. Su pulso se aceleró al darse cuenta de a dónde debía estar yendo, y un rubor aún más profundo subió por sus mejillas no solo ante la idea de que él hablara con su padre, sino sobre cómo era probable que su padre lo recibiera.

—Señor, ¿me pregunto que está *él* haciendo aquí? —preguntó Lydia.

—Sin duda pasaba por aquí y tiene una carta o noticias sobre la Sra. Bingley —replicó la Sra. Bennet—. Bueno, cualquier amigo del Sr. Bingley será siempre bienvenido aquí; pero de otra forma debo decir que odio tan siquiera verlo. Vamos, ¡es demasiado orgulloso para detenerse y saludarnos! —El placer de la Sra. Bennet en pronunciar el nuevo nombre de Jane no había disminuido en dos semanas de práctica. Kitty y Lydia se miraron mutuamente y se rieron.

¡Este es en verdad un mal inicio! pensó Elizabeth.

—Creo que ha venido a verme a mí —dijo ella uniformemente.

—¡Qué tonterías dices, Lizzy! ¿Por qué vendría a verte a ti? ¡Todos sabemos lo que piensa de ti! —exclamó la Sra. Bennet.

Elizabeth se encogió ligeramente de hombros, viéndose como si no supiera la explosión que seguiría a sus palabras—. Tal vez, pero en la boda de Jane me pidió permiso para visitarme; y yo se lo di.

El efecto de sus palabras fue completamente extraordinario; porque al escucharlas, la Sra. Bennet se sentó inmóvil, e incapaz de emitir una sílaba. Ella, en general, no escatimaba el crédito de lo que era una ventaja para su familia, o que viniera en forma de un amor para cualquiera de ellas, pero pasaron muchos minutos mientras Elizabeth esperaba en agonía a que Darcy apareciera, hasta que pudo comprenderlo.

Sus hermanas no fueron tan lentas. —¡No el Sr. Darcy! —exclamó Lydia—. Lizzy, ¡debes estar bromeando! ¡Dios, él es *tan* aburrido, y todas sabemos de que infame forma trató al querido Sr. Wickham!

—¡Él es demasiado orgulloso para hablar con nosotras! —agregó Kitty, riéndose ante la sola idea.

Elizabeth solo podía esperar que sus modales hubieran mejorado para cuando el Sr. Darcy terminara de hablar con su padre. Mantuvo un ojo vigilante sobre su madre, quien estaba abanicándose y mirando a Elizabeth conmocionada. Ella ciertamente había esperado tener más tiempo que este para acostumbrar a su familia a la idea.

Finalmente, la presa se rompió sobre las palabras de la Sra. Bennet. —¡Buen Dios! ¡Dios me bendiga! ¡Solamente de pensarlo! ¡Oh, Dios! Oh, Lizzy, ¿por qué no habías dicho nada? Tu cabello, tu vestido... pero es demasiado tarde, solo podemos esperar... Oh ¡mi dulcísima Lizzy! Estoy tan complacida... tan feliz.

Ella claramente hubiera continuado por más tiempo es esta forma, si Elizabeth no la hubiera interrumpido para decir: —Él solamente pidió *visitarme*, nada más; y sin duda estará aquí en cualquier momento. Por favor, ¿podríamos hablar de otra cosa?

—¡Oh, Dios! —exclamó su madre, agitándose inquieta en su silla—. ¡Por supuesto que estará aquí, Mary, Kitty, Lydia... deben irse arriba... no, ¡deben ir a Meryton! Sí, Meryton estará bien... ¡y mi querida, querida Lizzy! —Ella se acercó a Elizabeth y pellizcó sus mejillas para darles color, difícilmente una tarea necesaria en ese momento, y para alisar su cabello—. Oh, tendrá que servir. Pero ¿por qué no me advertiste Lizzy? ¡Un hombre tan encantador! ¡Tan guapo, tan alto!

—No hay necesidad de mandar a mis hermanas a ninguna parte —objetó Elizabeth, quien no pudo evitar sentirse divertida al recordar que había usado la misma táctica con Jane.

—Oh, ¡ciertamente la hay! —la Sra. Bennet agitó sus manos en dirección de las muchachas más jóvenes, urgiéndolas a apresurarse a partir.

Elizabeth solo podía imaginarse con vergüenza qué pensaría el Sr. Darcy de esta escena. Esperaba desesperadamente que las efusiones de su madre hubieran terminado para cuando viniera, aunque estaba empezando a preocuparle el qué podía estar deteniendo al Sr. Darcy tanto tiempo con su padre. Y las implicaciones de lo que significaba que él estuviera hablando con su padre no era algo que ella estuviera lista para considerar.

En ese momento, los dos caballeros aparecieron. Los ojos de Elizabeth volaron de inmediato a Darcy y se sintió un poco aliviada por su sonrisa. Ni siquiera la preocupación por la falta de propiedad de sus padres pudo detener el estallido de placer que ella sintió al verlo, y él parecía tranquilizado por su apariencia también.

Su padre le dirigió una mirada divertida, y dijo secamente: —Bien, Lizzy, parece que el Sr. Darcy ha cabalgado todo el camino desde Londres hoy para verte. —Él claramente anticipaba que esto sería una gran sorpresa para ella.

—Espero que haya sido una cabalgata agradable, señor —dijo ella calmadamente—. ¿Gusta sentarse?

El Sr. Bennet, desconcertado, se disculpó rápidamente mientras Darcy saludaba a la Sra. Bennet y luego a Elizabeth.

Fue un momento incómodo; Elizabeth nunca había considerado qué podría decir en estas circunstancias. Le preguntó por su hermana, y él le dijo que ella gozaba de excelente salud, y acerca de su estancia en la ciudad. Para el gran alivio de Elizabeth, su madre por suerte sentía tal respeto por su huésped que no se aventuró a hablarle, a menos que estuviera en su poder ofrecerle cualquier atención, o para marcar su deferencia por su opinión. Esta conversación formal continuó por algún tiempo, con demasiada incomodidad por parte de los protagonistas para hacer más que permitir que sus ojos se encontraran ocasionalmente, hasta que la Sra. Bennet recordó que la necesitaban en otra parte. Elizabeth puso los ojos en blanco ante la obviedad de la maniobra, pero sabía que no serviría de nada protestar.

Una vez que estuvieron solos, Darcy la miró con gran calidez. —Elizabeth —dijo él, su voz repleta de sentimiento. Ella se ruborizó, y bajó la mirada avergonzada, un esfuerzo inútil ya que él aprovechó el momento para tomar su mano en la de él y elevarla a sus labios. La sensación producida por su beso pareció recorrer el brazo de ella como electricidad, dejándola momentáneamente sin habla. Él preguntó tentativamente: —¿No ha cambiado de opinión?

Ella le respondió con una sonrisa pícaro. —No en las últimas semanas; aunque ambos tenemos razón para saber, señor, que mis opiniones no son totalmente inalterables, yo no tengo intención de cambiarlas de nuevo. Pero *usted* vino antes de tiempo, Sr. Darcy.

La sonrisa de él se hizo más grande con sus bromas. —Antes de responder a eso, permítame preguntarle esto; ¿qué tanto tiempo tenemos antes de que regrese su madre? —Él no había soltado su mano, una situación que ella estaba encontrando sorprendentemente distraente.

Elizabeth sintió una sacudida interna al escucharlo. —Tenemos todo el tiempo del mundo... si dependiera de mi madre, estoy segura de que apostaría guardias armados en la puerta para asegurar que nadie nos moleste. —Ella le dirigió una mirada rápida para ver como tomaba él esta evidencia adicional de falta de propiedad por parte de la familia de ella, pero él no parecía disgustado en lo absoluto.

—Quizá no debería haberme dicho eso —dijo él, pero su tono implicaba todo lo opuesto—. Pero tomaré el tiempo para responder su pregunta entonces... vine antes porque quería verla. Me di cuenta de que la única razón para retrasarme era poder cortejarla sin traerlo a la atención pública, y decidí arriesgarme a la posibilidad de sentirme avergonzado si me rechazaba públicamente si ello significaba que no tenía que esperar dos muy largos meses.

—¿Y decidió empezar con mi padre? —preguntó ella con picardía.

Él se vio ligeramente avergonzado. —Creí que, si iba a ser abierto sobre esto, bien podía hacerlo de la forma apropiada; así que pedí su permiso para visitarla. El pareció... bastante sorprendido.

Ella se sonrojó ante la pregunta implicada—. Pensé que sería mejor no mencionar la posibilidad, en caso de que cambiara de opinión.

—¿Yo, cambiar de opinión? —dijo él con voz sorprendida—. No puedo imaginarme por qué creería eso.

Ella bajó la mirada. —Lo que puede ocurrir al calor del momento puede no siempre ser lo que pudiera desearse en un momento de reflexión más sobria.

Este comentario fue respondido con silencio. Finalmente, en un tono de voz cuidadosamente neutral, Darcy dijo: —¿Y qué es lo que ha deseado en sus momentos de reflexión sobria?

Ella le dirigió una mirada de soslayo con una sonrisa. —¿Seguramente, Sr. Darcy, usted no puede esperar que yo responda esa pregunta!

—¿No se ha arrepentido?

Con una mirada bromista, ella dijo: —No, no lo he hecho; pero creo que ya le había dicho eso, señor.

El alivio de él fue tan grande que actuó sin pensarlo, atrapando su rostro con la mano y acariciando sus labios con los de él por tan solo un momento. —¿Entonces no diga esas cosas! —Él claramente la había sorprendido con su comportamiento, y se maldijo por su falta de autocontrol.

Elizabeth estaba experimentando la conmoción de sensación que venía con su toque. Había sido demasiado breve, sin embargo, ella sabía que no debía haberlo permitido en primer lugar. —¿Qué debo decir entonces? —preguntó ella maliciosamente.

Darcy aspiró rápidamente. ¿Estaba ella *coqueteando* con él? Si lo estaba haciendo, él iba a necesitar tener mucho cuidado; él no estaba para nada seguro de su autocontrol cuando ella lo miraba de esa manera. Eligiendo sus palabras con cuidado, él dijo: —Aunque hay un gran número de cosas que me gustaría oírle decir, creo que ambos sabemos lo que *debe* decir, y eso involucra reprocharme por mi comportamiento.

Ella sonrió como si fuera una broma interna. —No puedo estar en desacuerdo, sin embargo, tendría que admitir que me he retrasado unas semanas en decirlo.

Él estaba empezando a ver que su razonamiento anterior de conquistarla gradualmente dándole tiempo para verdaderamente llegar a conocerlo, aunque tenía fallas, era la mejor opción. —Tenga cuidado, Elizabeth —dijo él suavemente—. No sabe cuánta tentación representa para mí.

Elizabeth tuvo el fuerte impulso de pedirle que le dijera exactamente cuánta tentación representaba, pero se contuvo, recordándose que su vivacidad la había llevado por mal camino con él en el pasado. Ella deseaba saber qué tenía él en mente; evidentemente él no tenía la intención de proponerle matrimonio todavía, aunque debía saber por su comportamiento que ella no lo rechazaría... no podría, después de permitir que la besara, no una, sino varias veces sin protestar. Quizá no estaba tan seguro de su elección como parecía. Él había hablado de la posibilidad de avergonzarse si ella lo rechazaba... pero ¿había algo que evitara que él cambiara de parecer, dejándola para enfrentar la humillación de ser abandonada? La sola idea era lo suficientemente dolorosa; ella resolvió ser menos atrevida, y recordar que él de ningún modo se había comprometido a nada.

Darcy vio su sonrisa desvanecerse un poco, y volvió a maldecirse, dándose cuenta de que una vez más había ido demasiado lejos. Se recordó a sí mismo de nuevo que el comportamiento que ella había permitido durante un momento de angustia era probablemente inaceptable en un estado de ánimo más calmado. Desafortunadamente, su desesperado deseo de probar sus labios de nuevo era tal que continuaba contrarrestando a su mente racional, y ese leve contacto no había sido suficiente más que para estimular su necesidad de ella.

Él era un hombre dividido; deseaba que volvieran las sonrisas bromistas y las miradas coquetas, pero sabía muy bien qué tan efectivamente socavaban su control. —Eliz... Señorita Bennet —dijo él—. Debo apelar a su misericordia. Yo quiero... me gustaría darle tiempo para conocerme. Mi habilidad de ser paciente, sin embargo, no es lo que debería ser en lo que a usted concierne; y muy especialmente cuando usted... me recibe tan bien. Usted no sabe el efecto que tiene en mí. Por favor entienda si necesito mantener cierta distancia para mantener un estándar mínimo de comportamiento.

Una sensación de alivio llenó a Elizabeth al escuchar sus palabras. —No tengo objeción —le dijo gentilmente: —si usted desea llamarme por mi nombre cuando estemos solos.

Él dejó escapar el aire lentamente. Con cualquier otra mujer él hubiera asumido que lo había malentendido, pero esta era Elizabeth... ¿no había entendido lo que le quiso decir, o estaba desafiándolo? —Es usted muy amable.

Elizabeth lo miró con simpatía. Ella sabía qué tan difícil hubiera sido para ella restringir su felicidad al verlo, y él había esperado más tiempo por ella y tenía más razón en no estar seguro de su recepción en manos de ella. Él estaba de nuevo asegurándole sus intenciones, pero aun así él claramente había decidido no sacar ventaja de su anterior comportamiento permisivo para reclamar su derecho a ella, como pudo hacerlo con tanta facilidad... ella no podía haber negado que le había permitido tomar libertades con ella. —Parece demasiado tarde —dijo ella cuidadosamente—, para que yo sea *remilgada*, y preferiría no intentarlo. —Ella difícilmente podía ser más obvia que eso, y esperó ansiosamente para ver su reacción.

Pareció pasar un tiempo excesivamente largo antes de que él comprendiera sus palabras, y aún entonces él pareció no darles crédito. —No deseo apresurarla —dijo él con incertidumbre.

Ella consideró decirle directamente que no la estaba apresurando, pero decidió no ser tan imposiblemente atrevida, aún dada su obvia provocación. Se limitó a dirigirle una elocuente mirada en flagrante desconocimiento de su solicitud de distancia.

El rostro de él permaneció impassible por un momento, y entonces ella descubrió una nueva luz en sus ojos que la hizo temblar. La mano de él se elevó y acarició su mejilla, luego pasó a través de su cuello para finalmente acunar su barbilla. —Elizabeth —dijo él, con la voz singularmente vacilante—, este sería un buen momento para pedirme que me detenga.

Ella le dirigió una mirada pícaro. —He tomado en cuenta su opinión, señor.

El rastro de una sonrisa cruzó el rostro de él. Se inclinó hacia ella lentamente hasta que sus labios acariciaron ligeramente los de ella. La experiencia fue tan placentera como recordaba. —Mi dulce, encantadora Elizabeth —murmuró él antes de besarla de nuevo.

Si Elizabeth había pensado que la experiencia de su beso era poderosa cuando se sentía desdichada, no era nada comparada con los temblorosos hilos de deseo que enviaba a través de ella ahora, cuando su entendimiento era tan diferente. Los sentimientos eran nuevos para ella, y bastante sorprendentes en su intensidad; pero ella confiaba en Darcy, y no permitiría que su propia reacción la atemorizara.

Darcy, sintiendo que empezaba a perder el control, se retrajo levemente, mirando con gran placer en sus encantadores ojos. Sus besos habían sido tanto muy excitantes como extraordinariamente dulces, y solo habían aumentado su anhelo de pedir aún más de ella, pero él sabía que ella ya había sido irrazonablemente generosa con él. No creía que pudiera evitar besarla de nuevo... no, la verdad era que no sentía ningún deseo de detenerse, sin importar qué tanto se recordara a sí mismo los peligros inherentes en dicho comportamiento. —Quizá si usted no cree que es un buen momento para pedirme que me detenga, podría considerar que sería un buen momento para decirme que será mi esposa —dijo él.

Sus palabras lo sorprendieron; hasta que empezó a hablar, no tenía la intención de proponerle matrimonio de nuevo tan rápido, pero parecía que su deseo por ella tenía que ser expresado de una forma u otra. Él esperó su respuesta con ansiosa agonía, listo para retirar sus palabras a la menor evidencia de incomodidad.

Los ojos de ella danzaron. —Muy bien, si usted insiste, señor —dijo ella; luego, reconociendo rápidamente que esto no era asunto de broma para él, ella agregó: —Estaré muy feliz de estar de acuerdo con *esa* sugerencia.

Era más de lo que él podía creer. ¿Cómo podía ser tan simple, después de todo este tiempo y sufrimiento?... ¿Qué ella simplemente estuviera de acuerdo? La mirada de ella le decía que era verdad, y una lenta sonrisa empezó a extenderse por su rostro. —Parece, entonces, que estoy destinado a pasar una gran parte de mi visita de hoy hablando con su padre —dijo él, con la voz baja—, así que mejor hago buen uso del tiempo que tengo con usted.

Para su deleite, ella lo encontró a medio camino esta vez cuando la besó. Él estaba intoxicado pensando que sería suya, que estaría con él todos los días, y que llegaría un momento en que no tendría que contener su deseo por ella. Él vertió esa euforia en su beso, reclamando una respuesta igual de parte de ella. Sabiendo qué tan fácil era perderse en ella, él se forzó a sí mismo a detenerse mucho antes de estar listo, pero fue recompensado con la fascinante vista de Elizabeth con sus bellos ojos oscurecidos con pasión por él.

—Mi amada Elizabeth —dijo él—, ¿cómo desearía poder llevarte lejos conmigo hoy!

Ella le dirigió una mirada de pretendido recato. —¡No me imagino que mi padre se sentiría complacido con *esa* idea!

Él sonrió con su broma, pero su semblante rápidamente se puso serio de nuevo. —¿Y usted? ¿Le complacería a usted?

Ella lo consideró por un momento, sorprendida por su aparente necesidad de ser tranquilizado respecto a los sentimientos de ella por él. Sintió una sacudida de tristeza al pensar en todo el dolor que él había sufrido por su causa, para que dudara de su afecto cuando ella lo había dejado tan en claro. *Bueno, en este asunto, ¿él puede tener toda la tranquilidad que necesite!* pensó ella con complacida determinación. —Querido —dijo ella con calidez—, no puedo pensar en nada que quiera más que estar contigo. —Con gran atrevimiento, ella se elevó para besarlo ligeramente, pero lo que empezó como un simple gesto de afecto rápidamente se convirtió en más a medida que ellos intentaban expresar todo lo que sentían de manera que no pudiera malentenderse.



ALGUNAS SEMANAS DESPUÉS, Elizabeth se unió a Darcy y a Georgiana en Netherfield mientras esperaban el regreso de los Bingley de su viaje. Ella miró a Darcy con afecto, y vio que su sonrisa provocaba esa mirada ardiente que le decía que, si no fuera por la presencia de su hermana, él estaría expresándose en ese momento de una manera más acorde a un hombre violentamente enamorado. *Es sorprendente*, pensó ella, no por primera vez, *¡que una sola mirada de él sea suficiente para hacer que mi corazón se desboque!*

No había sido siempre un viaje fácil hasta este punto. El Sr. Bennet había expresado fuertes reservaciones sobre una relación al parecer tan súbita, y con un hombre del que él había escuchado tantos malos reportes; pero con el tiempo, a medida que vio más de Darcy con Elizabeth y llegó a conocerlo mejor, llegó a convencerse del valor de su futuro yerno. Los dos enamorados también tuvieron su parte de discusiones dolorosas mientras trabajaban para resolver los malentendidos del pasado y llegaban a tener un mayor conocimiento uno del otro. Habían tenido muchos más momentos felices que problemas, sin embargo, y, el regocijo de Georgiana por su compromiso estaba más allá de su capacidad de expresión.

El carruaje llegó, y se desató un frenesí de felices abrazos y buenos deseos que finalmente pudieron hacerse en persona. Elizabeth nunca había visto a Jane tan feliz, y el lazo entre ella y el Sr. Bingley era casi palpable. Ellos platicaron sobre su viaje y su visita a la familia del Sr. Bingley emocionadamente, y Elizabeth compartió las novedades de Longbourn y Meryton. Darcy estuvo mayormente callado, pero una ocasional mirada hacia él le mostró a Elizabeth que era un silencio de contento, más que de turbación.

Georgiana, tan tímida como siempre, se disculpó rápidamente de la escena de la reunión, y no mucho después de eso Bingley anunció que era momento de que ellos se refrescaran de los efectos de un largo día de viaje. Había algo en la forma en que sus ojos descansaron en Jane, sin embargo, que llevó a Elizabeth, ahora con un mayor conocimiento de estos asuntos, a creer que podía pasar algún tiempo antes de que la pareja reapareciera. Ella sonrió ante la cálida mirada en los ojos de Jane mientras se sonrojaba levemente antes de retirarse, y se quedó viendo a la pareja que se retiraba con profunda satisfacción por su aparente felicidad.

Ella no era la única con dichos pensamientos, según descubrió, a medida que sintió un par de cálidos brazos deslizarse alrededor de ella desde atrás. Ella recargó su cabeza hacia atrás contra su amada forma, temblando por la acometida de deseo que corrió a través de ella mientras los labios de él exploraban delicadamente la sensible piel de su cuello. Era un sentimiento familiar ahora, esa dolorosa necesidad que él podía provocar en ella con tanta facilidad, especialmente a medida que su aptitud en deleitar sus sentidos crecía. Ella soportó la sutil tortura de su toque tanto

como pudo, luego se volvió a atrapar su boca con la de ella, ya sin miedo ni vergüenza de demostrarle su deseo. Después de saciarse con el placer de sus labios, ella se inclinó una vez más contra él con un suspiro de contento.

—Pronto, querida —susurró él en su oído—. Pronto será nuestro turno.



PUEDE QUE ABIGAIL REYNOLDS sea una autora de libros muy vendidos y una doctora en medicina, pero no puede seguir una línea recta ni con regla. Originaria del norte del estado de Nueva York, estudió ruso y teatro en el Bryn Mawr College y biología marina en el Marine Biological Laboratory en Woods Hole. Después de un período en la administración de artes escénicas, decidió asistir a la escuela de medicina, y empezó a escribir como pasatiempo durante sus años como médico en la práctica privada.

Siendo amante vitalicia de las novelas de Jane Austen, Abigail empezó a escribir variaciones sobre *Orgullo y Prejuicio* en 2001, y luego expandió su repertorio para incluir una serie de novelas enmarcadas en su amado Cape Cod. Sus más recientes publicaciones son los libros mejor vendidos nacionalmente *A Solas con el Sr. Darcy* (*Alone with Mr. Darcy*) y *Los Nobles Vínculos del Sr. Darcy* (*Mr. Darcy's Noble Connections*), así como *Los Darcy de Derbyshire* (*The Darcys of Derbyshire*) y *El Refugio del Sr. Darcy* (*Mr. Darcy's Refuge*). Sus libros han sido traducidos a siete idiomas. Es miembro vitalicio de JASNA, vive en Cape Cod con su esposo, su hijo y una colección de animales, incluyendo a Snowdrop, el gatito milagroso. Sus pasatiempos no incluyen dormir ni limpiar su casa.

<http://www.pemberleyvariations.com>

Reynolds

The Pemberley Variations (Las Variaciones de Pemberley)

What Would Mr. Darcy Do?

To Conquer Mr. Darcy

By Force of Instinct

(Por la Fuerza del Instinto)

Mr. Darcy's Undoing

Mr. Fitzwilliam Darcy: The Last Man in the World

Mr. Darcy's Obsession

A Pemberley Medley

Mr. Darcy's Letter

Mr. Darcy's Refuge

(El Refugio del Sr. Darcy)

Mr. Darcy's Noble Connections

(Los Nobles Vínculos del Sr. Darcy)

The Darcys of Derbyshire

(Los Darcy de Derbyshire)

The Darcy Brothers (co-author)

Alone with Mr. Darcy

(A Solas con el Sr. Darcy)

Mr. Darcy's Journey

(El Viaje del Sr. Darcy)

The Woods Hole Quartet (El Cuarteto de Woods Hole)

The Man Who Loved Pride & Prejudice

Morning Light